

En proceso...

Una serie de reflexiones pastorales de cinco semanas

Con los años, he llegado a creer que uno de los mayores dones que podemos cultivar como iglesia es la práctica del discernimiento: no simplemente tomar decisiones, sino aprender a notar dónde Dios ya está obrando, y unirnos a esa obra.

Estas reflexiones nacieron de mi propio camino como pastora y obispa, y de años de acompañar a congregaciones en temporadas de alegría, incertidumbre, duelo y renovación. No son un método ni un plan estratégico. Son una invitación a una manera de ver, y de prestar atención juntos.

A lo largo de estas cinco semanas, esa práctica se despliega en etapas: aprender a hacer mejores preguntas, notar las historias que contamos, ver como Jesús ve, discernir juntos y, en medio de todo esto, seguir en proceso.

Mi esperanza es que estas reflexiones despierten conversación en las congregaciones, en las reuniones de consejo y alrededor de la mesa de la cocina, y que nos ayuden a llegar a ser un pueblo que hace mejores preguntas, escucha más profundamente y confía en que el Espíritu Santo nos guía. Como descubrirán, estas reflexiones no solo describen cómo espero que las congregaciones se acerquen al discernimiento, sino que también, en voz baja, describen cómo la Oficina de la Obispa busca acompañarlas.

+Obispa Sue





En proceso...

Una serie de reflexiones pastorales de cinco semanas

Reflexión Pastoral #1

Aprender a hacer mejores preguntas

Hay una pregunta que me han hecho a lo largo de gran parte de mi ministerio: “¿Cuál es tu visión?” Es una buena pregunta.

En la iglesia, a menudo esperamos que los líderes tengan una imagen convincente del futuro: un destino que puedan describir con claridad y confianza para que otros los sigan. Sin embargo, durante años me sentí incómoda con esa pregunta. No porque no me importara el futuro, sino porque rara vez había experimentado la guía de Dios de esa manera.

Hace algunos años compartí esta frustración con una querida amiga que también ha sido mi directora espiritual. “No parece que tenga esa gran visión que la gente espera de una obispa”, le dije. Ella sonrió y respondió: “No... pero tienes un gran campo de visión que te permite notar lo que Dios está haciendo, y luego unirte a ello.”

He llevado esas palabras conmigo desde entonces. Le dieron nombre a algo que había vivido durante años, pero que nunca había podido nombrar del todo. Mi vocación rara vez se ha sentido como inventar el futuro de Dios. Se ha sentido mucho más como prestar atención. Observar. Escuchar. Preguntarme. Orar. Tratar de discernir dónde el Espíritu Santo ya está obrando, y luego invitar a otros a participar.

Una de las cosas que el ministerio me ha enseñado es que las preguntas que hacemos determinan las cosas que notamos. Si pregunto: “¿Cómo hacemos que la gente vuelva a la iglesia?”, noto un conjunto de cosas. Si pregunto: “¿Cómo equilibramos el presupuesto?”, noto otro. Son preguntas importantes. Todo líder tiene que enfrentarlas.

Pero, con el tiempo, me he convencido de que hay una pregunta más profunda que viene primero: ¿Dónde está Dios ya obrando? Esa pregunta ha transformado la manera en que dirijo. Con el tiempo, he llegado a creer que esto no es simplemente mi propia forma de liderar. Es, de hecho, una manera profundamente bíblica de seguir a Jesús.

A lo largo de las Escrituras, los líderes fieles rara vez se describen como personas con una capacidad extraordinaria para prever el futuro, sino como personas que aprenden a prestar atención a la presencia y la actividad de Dios.

Moisés nota una zarza que arde pero no se consume, y descubre que el suelo santo había estado bajo sus pies todo el tiempo. El joven Samuel aprende poco a poco a reconocer una voz que había confundido con la de otra persona. Elías descubre que la presencia de Dios no se encuentra en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el sonido del más sutil silencio.

Jesús nota continuamente a las personas que todos los demás pasan por alto: la viuda, el niño, Zaqueo en el árbol, Bartimeo junto al camino, y al hacerlo revela el corazón del reino de Dios. En el camino a Emaús, los discípulos descubren que Cristo ha estado caminando junto a ellos mucho antes de reconocerlo al partir el pan.

Más tarde, cuando la iglesia primitiva enfrenta uno de sus mayores desacuerdos, los líderes no anuncian una gran visión. En cambio, después de la oración, la escucha, el testimonio, las Escrituras y la conversación, escriben con humildad: “Ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...”

Una y otra vez, las Escrituras retratan el liderazgo fiel no como certeza sobre el futuro, sino como una atención cuidadosa a la actividad de Dios en el presente. Esa comprensión ha transformado silenciosamente mi propia manera de entender el liderazgo.

En los últimos años, una frase ha capturado cada vez más ese camino para mí: estar en proceso. Esa frase nos recuerda que la obra de Dios con nosotros nunca termina. Las congregaciones están en proceso. Los líderes están en proceso. Las comunidades están en proceso. Nuestro sínodo está en proceso. Y, sobre todo, nosotros estamos en proceso. No porque hayamos descubierto la estrategia perfecta. No porque finalmente tengamos todas las respuestas. Sino porque, por la gracia de Dios, estamos siendo formados continuamente en el pueblo que Dios nos llama a ser.

Pablo escribe a los filipenses con confianza: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.” Esa es la promesa. Dios no ha terminado con nosotros. Y porque Dios no ha terminado con nosotros, no necesitamos fingir que ya tenemos todo resuelto.

En cambio, quizás nuestro primer llamado es simplemente prestar atención. Notar. Discernir. Y luego unirnos. A veces me pregunto si la iglesia se ha vuelto muy buena para planificar, medir, evaluar y diseñar estrategias, y menos practicada en prestar atención. Esas cosas tienen su lugar. Nos ayudan a administrar los recursos con fidelidad y a tomar decisiones sabias. Pero no son lo mismo que el discernimiento.

La iglesia no necesita, en primer lugar, mejores estrategias; necesita, en primer lugar, mejores prácticas de atención. Los líderes fieles no están llamados a inventar el futuro de Dios; están llamados a cultivar un campo de visión lo suficientemente amplio para notar dónde Dios ya está obrando, discernir la invitación del Espíritu, e invitar a otros a participar en lo que Dios ya está haciendo florecer.

Quizás esa es una manera de entender lo que significa seguir a Jesús. No simplemente creer las cosas correctas acerca de Jesús. Sino aprender a notar lo que Jesús nota. Prestar atención a las personas y los lugares que otros pasan por alto. Reconocer las señales del reino de Dios que ya están irrumpiendo en el mundo. Confiar en que el Espíritu Santo siempre va delante de nosotros.

Las páginas finales de las Escrituras no terminan con la iglesia completando su obra, sino con una promesa: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.” Nota el tiempo verbal. No “he hecho”. Sino “hago”. Dios todavía está obrando. La Iglesia todavía está en proceso. Nosotros todavía estamos en proceso. Y quizás el primer paso para unirnos a la obra de Dios es aprender a notar dónde Dios ya está obrando entre nosotros.

+Obispa Sue